

sentarse la consecuencia de que, para llegar a la suma de mayor felicidad, cada uno debe ser más egoísta que altruista" (§ 86). Así, en una sociedad bajo las directrices del darwinismo social.

Los problemas reales son los de las víctimas de esta filosofía (torturados, violados, sodomizados) para los que según el dicho anglosajón, "ese es su problema". Y aquí la pregunta clave es: ¿pueden esperar, tal vez años, a que el diálogo social acierte en la vía justa cuando saben que hay un "marco común" que hubiera evitado esta problemática de la espera? No es más racional, no sólo razonable, admitir como marco común el orden de la naturaleza, no solo física, sino también moral, de un Dios postulado por la razón científica como último cierre de una teoría unificada de la comprensión del mundo sabiendo que todo procede de Dios y a Dios se ordena? Terminaremos recordando una palabras de Juan XIII: "El aspecto más siniestramente típico de la época moderna consiste en la absurda tentación de querer construir un orden temporal sólido y fecundo sin Dios, único fundamento en el que puede sostenerse" (§ 72: *Mater et Magistra*).

ANTONIO SEGURA FERNES

Francisco de Castellví: NARRACIONES HISTÓRICAS (*)

La Fundación que lleva el nombre de Francisco Elías de Tejada y Spínola —uno de los nombres cimeros en la historia del pensamiento político español de este siglo—, al acometer la edición de las *Narraciones Históricas* de Francisco de Castellví, inéditas hasta la fecha, no sólo ha venido a acreditar sobradamente la fidelidad de su quehacer a la senda trazada por su fundador, el polígrafo extremeño muerto ahora hace veinte años, sino que también ha mostrado una fina sensibilidad que le ha hecho poner a disposición del público —pese a lo costoso de la empresa— una obra capital para el conocimiento de la guerra de Sucesión y, por extensión, de la entera historia contemporánea de Cata-

(*) Fundación Francisco Elías de Tejada, Madrid, 1997, vol. I, pág. 722.

luña, tan azotada por la desnaturalización cuando no la manipulación, que, sin embargo, permanecía hasta la fecha inédita. En efecto, el manuscrito fue a parar al antiguo Archivo Imperial de Viena, luego convertido en el Archivo del Estado austríaco, donde reposaba, mientras en la Biblioteca de Cataluña se conservaba una copia fragmentaria realizada por Sanpere i Miquel a principios de este siglo al hilo de haberlo utilizado como fuente de su estudio sobre "El fin de la nación catalana". El historiador José María Mundet y el profesor José María Alsina son quienes han cuidado la edición que hoy presentamos, de momento contraída en este primer volumen a los antecedentes, el reinado de Carlos II, y los años posteriores a su muerte hasta el de 1705, pero que ha de continuarse hasta el año de 1725 completando los tres volúmenes que restan. El profesor Francisco Canals, reputadísimo filósofo y uno de los más finos analistas de la historia de Cataluña —no hay sino que acudir, como muestra, a su *La tradición catalana en el siglo xviii ante el absolutismo y la Ilustración*, estampado también por la Fundación Elías de Tejada en 1995—, ha enriquecido además la edición con un extenso estudio preliminar que desvela las complejas claves no sólo del período a que viene referida la obra, cuanto de los antecedentes y consecuentes que han marcado la singular trayectoria histórica del Principado.

No podemos seguir aquí el apasionante relato de los últimos años de Carlos II, las maniobras de las Cortes europeas para influir en su testamento, la alianza contra Francia, la venida de Felipe de Anjou a España y su presencia en Barcelona, los esfuerzos por limitar el vigor y la jurisdicción de los poderes locales, el cambio de actitud de los catalanes ante Felipe V y su inclinación al Archiduque Carlos, o los dos intentos de los aliados de desembarcar en Barcelona, el segundo coronado con éxito... Lo que sí debe subrayarse, en cambio, es que el resultado de la guerra de Sucesión no supuso para España sólo la consolidación de un cambio de dinastía, sino una auténtica revolución política y social que iba a conducir de un régimen con marcadas reminiscencias medievales y un rico entramado social, a un sistema absolutista semejante al que ya había sido entronizado plenamente en Francia, cambio que en

Cataluña había de percibirse con especial agudeza por el particular arraigo de ese entramado. Pero en Cataluña, Valencia y Aragón había de suponer, además, por mor de una política pretendidamente "castellanizadora", que en puridad no era sino "afrancesada", la pérdida del régimen paccionado de libertades y obligaciones mutuas establecidas entre la Corona y la sociedad civil.

En definitiva, el cambio no podía sino vivirse por la mayoría de la población como una trágica derrota. Pero no como una derrota de una Cataluña independiente a manos de una opresora España, sino como la de España entera, y Cataluña en ella, pues no podía ser de otra manera, a costa de Francia. El sentido español de los ideales por los que luchaban aquellos hombres que resistieron el asedio de Barcelona, significativamente reflejado en la última proclama promulgada en lengua catalana el 11 de septiembre de 1714, no deja la menor sombra a la duda. Sin embargo, la conmemoración de esa efeméride ha sido convertida hoy por el catalanismo falsario cabalmente en lo contrario de lo que significó. Al igual que la meditación de la historia catalana posterior obliga a reconocer que el catalanismo cultural no nació —lo ha notado Canals— de una concentración de las energías tradicionales catalanas, sino del impacto en unos sectores minoritarios de la burguesía isabelina —"castellanizada" familiar y culturalmente— de las actitudes e ideales del romanticismo francés y español, que insertó en Cataluña el espíritu de la Revolución francesa en versión "moderada".

Es que mientras que Cataluña es una realidad, singular históricamente, ¡y hasta dónde!, pero en modo alguno concebible separada del resto de los pueblos de las Españas, por contra, el catalanismo —y su plena expresión en el nacionalismo catalán— es una opción ideológica fundada en principios filosóficos falsos e injertada en aquélla como algo extrínseco a su tradición y por unos caminos tan sorprendentes que revelan en éste su carácter de irrupción auténticamente extranjerizante. El contraste entre lo que nos muestra la "desconocida y encubierta" historia de Cataluña —no hago sino seguir la gran aportación de Canals— respecto de sus hechos y realidades sociales y los mitos forjados por el catalanismo resulta así insalvable.

Y es que ningún pueblo español ni europeo ha combatido tan tenazmente como el catalán en guerras tradicionales y "antimodernas". Repásense, si no, la popular "Guerra Gran" contra la Francia jacobina, mientras la monarquía borbónica española —en su etapa ilustrada— prefería "perseverar con los regicidas en el acercamiento iniciado por los reyes"; la guerra de la Independencia, con el lema "Religió, Patria y Rèy" escrito en sus banderas; la guerra realista, con la "Regencia de Urgell" como gran protagonista; la guerra de los "agraviats" o "malcontents", contra la preparación por los "fernandinos" de una alianza con los "moderados" que impidiera la sucesión en el trono de don Carlos; las guerras carlistas, que en Cataluña fueron tres, pues, además de la de los siete años y de la de 1872 a 1876, conoció otra llamada de los "matiners". Estas guerras, de carácter tradicional, enlazan con el sentido y el talante espiritual de la guerra antiborbónica, que Cataluña, con Aragón, Valencia y Mallorca, emprendió en 1705 en favor de la sucesión austriaca y que se narra en el libro a que se refiere esta nota.

De manera que si esta perseverante lucha de Cataluña contra las imposiciones —sucesivas— absolutista, ilustrada y liberal de un modo de ser extraño por parte de la dinastía originaria de Francia, confirma la pervivencia en Cataluña de los ideales de la Cristiandad medieval frente a la modernidad renacentista y "filosófica" —pervivencia que elogió Torras i Bages y que reconocieron, lamentándola, los catalanistas del "noucentisme"—, esta tremenda sucesión de guerras revela también hasta qué punto es mítica y deformadora la imagen que se da de Cataluña como un pueblo que, en contraste con los otros de la Península Ibérica, está siempre inclinado a la "moderación" y al diálogo y es ajeno al espíritu belicoso que manifiestan tantas guerras civiles.

Empezar a descubrir la verdadera historia de los pueblos hispánicos, frente a la deformación nacionalista, es empresa obligada de auténtica piedad hacia la patria. Por eso, debe agradecerse sinceramente esta aportación que una Fundación madrileña que lleva el nombre de un erudito extremeño universal ha encargado a unos estudiosos catalanes de pura cepa y que, a lo que se ve, no interesaba al catalanismo todopoderoso hoy instalado en Cataluña.

MIGUEL AYUSO